

# "UN SANTO EN FRAC"

## *El Profesor Universitario Contardo Ferrini*

**1859 - 1902**

Acaba de ser beatificado el profesor Contardo Ferrini, nacido en Milán en abril de 1859, y muerto en Suna en octubre de 1902.

¡Modelo egregio de maestro sabio y santo!

"Entre las figuras de científicos eminentes y sumos, que este Ateneo guarda en sus efigies marmóreas para que sirvan a la juventud de ejemplo educativo, ninguna tan digna como la de Contardo Ferrini." Así decía Bonfante en la inauguración del monumento que Ferrini tiene hoy en los pórticos de la Universidad de Pavia. Ninguna efigie, en verdad, más propia de una escuela de estudios civiles: "Un santo en frac", como le llamó Benedicto XV, hecho para nuestro tiempo ávido de ciencia y necesitado de ella sana y luminosa, en el laicado católico, a quien se concede hoy puesto de honor en la lucha inmortal.

"Sarei ben lieto di elevare agli onore dell'altare e di proporre a modello un santo professore di università", —concluía Pío X en la audiencia a los peregrinos piomonteses, que le pedían la canonización de Ferrini.

Las líneas de su santidad heroica saltaron evidentes desde el primer momento. Cuando el Cardenal Ferrari, arzobispo de Milán, a ruego del Papa, al incoar el proceso informativo, nombró postulador, éste, antes de aceptar, pidió a su Eminencia un poco de tiempo para estudiar la causa, y al cabo de un año respondió: Aceptó gustoso, la causa es bellísima.

### **Ferrini sabio**

El año 1882 termina su especialización romanística en Berlín. En 1884 es encargado del curso de exégesis de las fuentes de derecho romano en la Universidad de Pavia. Al año siguiente alcanza por concurso el título de profesor ordinario en la misma cátedra. Sigue enseñando diversas disciplinas del ramo en Mesina, Módena, y

de nuevo en Pavia, en cuya universidad acabó sus días, a la corta edad de 43 años.

La primera y fundamental cualidad del sabio maestro es el amor a la ciencia, a su ciencia; Ferrini la posee en alto grado. El amor a Dios en quien anhela transformarse, —"Transformarsi in Lui", era su lema, — no le impide llamar a la ciencia del derecho romano, su esposa. De ahí que, en las largas vacaciones de verano, comentase con los suyos la nostalgia que sentía del estudio, de la universidad, de los alumnos. Decía de él su colega de la universidad de Pavia, Minguzzi, que el derecho romano había sido la pasión, el culto de su vida. Por eso Bonfante, otro formidable, en el discurso antes mencionado, aseguraba que la terrible enfermedad de la apatía, del desaliento, que se apodera de los cultivadores del romano por la indiferencia que observan a veces en torno a sí, Ferrini no la conoció nunca.

De ahí su gozo en los avances científicos: en el descubrir, v. gr., la composición de las Instituciones de Justiniano, por fragmentos de diversos jurisconsultos, o la escritura de los "Basilicos" en el Palimpsesto de la Ambrosiana, que no había logrado, aunque sí presentado, el grande especialista, del derecho greco-romano, y admirado maestro de Ferrini en Berlín, Zacarías von Lingenthal.

De ahí el deseo ardiente y muy legítimo, del primado de la ciencia romanística para su patria, y el hacer lo posible por conseguirlo. ¿Lo consiguió? Si la muerte no hubiera cortado el hilo de su existencia en la madurez de los 43 años, el hecho parecía inminente. Aun así, aparecida su obra de derecho penal romano, en su tercera y perfectísima forma, bajo el título "Esposizione storica e dottrinale del diritto penale romano" (1901), el director del museo etrusco vaticano, Comendador Bartolomé Nogara, depuso con juramento en la causa de Ferrini: "En Berlín visité a Mommsen, agosto 1902, y éste, hablando largamente de Ferrini, hizo de él el máximo elogio, añadiendo que, así como el siglo décimonono se titulaba el siglo de Sa-

vigni, el vigésimo sería llamado el de Ferrini, y que por méritos de Ferrini, el primado de los estudios romanísticos se veía pasar de Alemania a Italia" (Pellegrini. *Vita*, 406).

De ese amor a su ciencia derivaba la consagración de todo el hombre a ella. El ejemplo de una vida dada enteramente al trabajo científico, decía su primer discípulo Segré, que le excitó a él a entrar por esos estudios, de los que el jovencísimo maestro reportaba las más altas satisfacciones. Con ese tesón constante logró el conocimiento de todas las lenguas necesarias y convenientes para el trabajo: hebreo, griego, siríaco, latín, alemán, inglés, español, francés; y utilizó luego, toda clase de material científico en las bibliotecas de Berlín, París, Autun, Copenhague, Florencia, Roma, sin perdonar a los papiros de Egipto, ni a los pergaminos de la Ambrosiana, Vaticana, etcétera. Con ese espíritu se cuidó de las ediciones de fuentes jurídicas greco-romanas, de la crítica de los textos, del derecho público, penal, privado; todo lo exploró, dejando en todo impresa la huella del infatigable investigador. "Quien quisiera, dice Bonfante, (discurso conmemorativo mencionado), hacer la historia de ese florecer de los estudios de derecho romano en la época en que su vigencia desaparecía de sobre la faz de la tierra, a cada capítulo de su historia tendría que poner en cabeza a Ferrini". Tal actividad universal era debida a una continuidad de trabajo constante y perfecta, cual la revela para citar una anécdota, el hecho de que, visitando una vez Roma, la ciudad incomparable del arte, la ciudad del Papa, mientras sus amigos discurren de una a otra parte, fascinados por sus maravillas monumentales, él se encierra en los archivos con sus manuscritos, fascinado también por la ciencia a que estaba consagrado.

Así preparado el maestro, con la aureola de la ciencia verdadera, bruñida con trabajo asiduo, se presentaba cada día ante sus discípulos. Su tarea es ya sólo de método: escoger en la inmensa doctrina atesorada lo esencial y específico de cada instituto o cuestión jurídica, e imprimirlo con mano hábil en los alumnos. Ferrini lo conseguía. La fuerza, la fe de sus palabras les penetraba; mas ello era porque había madurado mucho y conocido muy a fondo lo que enseñaba y estaba como enamorado de ello. Por eso no es extraño que pareciese no haberlo recogido, aprendiéndolo alguna vez con la memoria, sino haberlo sabido siempre, y que lo expusiese, ade-

más, con aquella diafanidad que Scialoja llegó a tener por excelsiva, y con aquella viveza y frescura de realidad que hacía surgir entre los discípulos entusiasmados el dicho de que no parecía sino que el mismo Triboniano había venido a hacerle confidencias.

## II

### Ferrini santo

Con todo, la ciencia no es para Ferrini un ídolo. La razón de su vida no es, en último término, la ciencia. Su consagración a Dios. Dos amores verdaderos, cada uno en su puesto. La ciencia fué pedestal, magnífico sí, pero sólo pedestal sobre el que fabricó la grandeza de la santidad. Por eso precisamente, entre las efigies de maestros colocadas en el pórtico de la universidad de Pavía, la de Ferrini es la más digna.

Así, quien afirmaba que la ciencia era su esposa, y su vida el estudio, decía asimismo que el estudio era su conversación con el cielo, su deber de cristiano, el cual está muerto y sepultado con Cristo, crucificado al mundo, sin otros afectos y aspiraciones que las del siglo venidero. (Pellegrini, 239).

Por eso, porque lo sobrenatural está íntimamente ligado con lo natural, porque lo sobrenatural perfecciona, ilumina, no anula y oscurece lo natural, la sabiduría de Ferrini no sufrió menoscabo de su santidad; antes el sabio fué más cabal porque fué santo. Por eso precisamente, porque el sabio era santo, abordaba las cuestiones científicas sereno, dice Bonfante, y superaba muchas, merced, aseguraba él, a la eficacia de la oración.

Por lo mismo sabía también ejercitar el "ars nesciendi" sin desaliento; no tomando por cosa real ilusiones apasionadas, con mancilla de la honestidad y prestigio científico; y llevando con serena humildad y tranquila alegría los fracasos, como, por citar un ejemplo, la pérdida de las oposiciones a la cátedra de "Pandectas" en la Universidad de Bolonia; concurriendo con Brini, a quien luego felicitó y tuvo siempre por especial amigo.

Porque era sabio santo, era tolerante con las opiniones ajenas, y no encerrado, más o menos soberbiamente, en su punto de vista; más aún, era el mejor crítico de sí mismo, no dudando en echar por tierra sus viejas opiniones cuando las reconocía infundadas, enseñando así a los cultivadores de la ciencia aquella profunda humildad

que, al decir de Bonfante, sobresalía entre todas sus virtudes, y que a Molteni, su discípulo, espantaba, viéndola en hombre de tal doctrina y fama científica.

De ahí, en gran parte, aquella diafanidad en sus lecciones escolares, sin alarde del propio saber, sin aparato de erudición vano: aquella diafanidad que constituía el intento primordial de Ferrini, para que todos y cada uno de sus alumnos obtuviesen la formación que buscaban y exigían justamente del profesor.

Alguien ha dicho, sin embargo, que la santidad de Ferrini no ha brillado por su apostolado en la cátedra; que no afrontó nunca la apología de la verdad católica, ni mezcló en sus clases la exhortación a la vida cristiana. Permítaseme detenerme un poco en esto, porque, precisamente el apostolado brilla eminentemente en la santidad de Ferrini.

En primer lugar no es cierto que descuidara el apostolado directo, cuando su ciencia le dió ocasión oportuna. Fué él quien abrió camino nuevo y eficaz para probar la influencia del cristianismo en el derecho romano, afirmando la necesidad de estudiar los escritores cristianos y SS Padres contemporáneos a la transformación del derecho romano, a fin de poder comparar el espíritu de su doctrina con el reflejado en la nueva interpretación del "jus" y en las "leges" del Imperio. En efecto, aquella prevalencia de la voluntad sobre la palabra, aquella exaltación de la buena fe y de la conducta moral, propensión a la equidad, tendencia a conseguir, más que el triunfo de la pura lógica formal, el triunfo de la justicia, de la "humanitas", de los derechos de todo hombre, aun del siervo, todo esto fué debido en gran parte a la penetración del cristianismo en el derecho, ya en el período de las persecuciones, si bien inconsciente e indirectamente, ya especial y directamente en el segundo tiempo de evolución, o sea a partir del siglo IV. Esto propugnó Ferrini en sus libros "Storia delle fonti del diritto romano", y "Pandette", y esto comprobó, según el método indicado, con sus estudios sobre Lactancio, Arnobio y Minucio Félix. Y él fué también quien hizo vibrar en boca de Modestino, de Celso, de Cicerón, las definiciones de matrimonio, de derecho, la existencia de la ley natural, frente al positivismo moderno.

Con todo, hemos de conceder que Ferrini no propendió a la enseñanza directa o explicación de la fe que ardía en su men-

te; sus clases se ceñían al tema puramente científico, histórico o dogmático; y ello, por principio: era su propósito consciente y deliberado, no hacer plática o conferencia espiritual en la cátedra, sino enseñar la ciencia, su ciencia romanística.

Pero, a poco que se reflexione, este apostolado de Ferrini parecerá el más acertado y más profundo en un profesor universitario. Por de pronto la predicación elocuente de la verdad católica, la hacía con sus prácticas piadosas y su vida intemerada. Cada mañana, la figura recogida de Ferrini salía de su casa hacia la iglesia, a oír la Santa Misa y comulgar; a tiempos, se confesaba diariamente, y si no, cada semana; por la tarde hacía siempre una larga visita al Santísimo. Todo eso era sabido de los alumnos; y allí, a la iglesia frecuentada por Ferrini, iban grupos de todos los colores, a contemplar a aquel hombre sapientísimo, haciendo profesión de su fe. El efecto apostólico era afianzar y entusiasmar a los buenos en la misma fe, e inquietar interiormente a los incrédulos, como al judío Segré, por el convencimiento, sincero, indudable, del gran maestro. El apostolado de aquella vida piadosa, y así mismo de las costumbres intemeradas, de quien ante una mera conversación liviana, o detractiva, o imprudente, clavada su vista en un punto sin dar jamás, por ningún respecto, señal de aprobación, era más propio del profesor de derecho romano, que el de las conferencias religiosas, que sus alumnos no deseaban oír en clase. Pero donde Ferrini desplegaba el apostolado de modo profundo y acabado era en el cumplimiento de su deber de maestro. "No conozco otro nombre, decía Orlando, su colega en Mesina, que valga más que el suyo, por la profundidad de ciencia y la conciencia de maestro" (Pellegrini, Vita, 275).

En esto Ferrini maneja una espada de dos filos, con perfección insuperable. Si apóstol es el cooperador de Dios en el llevar a los demás a su fin integral, a la perfección de la personalidad, el oficio de maestro de la sana ciencia es esencialmente apostólico: el hombre es criado para obtener la verdad y bondad participadas en esta vida, e impartidas en la otra: las dos cosas son necesarias, si bien con subordinación. No dejan aquellas de ser divinas por ser naturales; cuando, pues, el maestro se entrega a esa misión de abrir las puertas de la ciencia y llevar a los jóvenes a la consecución de ese fin inmediato, esencialmente perfectivo de la personalidad, el maestro cumple una obra apostó-

lica. Ferrini es aquí "luminare majus". Por eso ha dicho que el estudio es para él concentrarse en Dios, y cumplir su deber de cristiano.

Ante todo se forma él: nadie da lo que no tiene. Estudia y acudala cuanta ciencia le es posible: desea que ninguna nación aventaje a su patria, y aunque no lo dice, él personalmente se empeña en la conquista de la palma. Ahí comienza esencialmente el deber del maestro, que él llame su deber de cristiano: la formación profunda, amplia, completa en su ramo. Ferrini maneja ya aquí en su apostolado el otro filo de la espada: habla elocuentemente a todo profesor de los más altos estudios que son los universitarios, estimulando a unos, "exemplum dedi" a imitación del divino Maestro Jesús; y avergonzando a otros, a los que asumen sin preparación ese cargo. No es profunda la ciencia del profesor universitario que bebe en someros manuales, con el mínimo esfuerzo, la doctrina que centenares de jóvenes le van a escuchar. Triste suerte la de esos alumnos, muchos inteligentísimos, que han cursado su disciplina para siempre, porque el examen está dado y otras materias de la carrera esperan, con maestros superficiales que no han satisfecho su ansia justa de saber. Y desgraciado el pueblo que no tiene elementos con qué cumplir su misión divina de ayudar a sus súbditos en la obtención de ese bien natural que es el cultivo de las facultades humanas: en consecuencia también se ve desprestigiado ante otros pueblos. No es completa la formación del profesor que agota las horas de todo un curso enseñando y penetrando una sola cuestión, porque aquella sola estudió, en ella se especializó, hizo sus tesis de doctorado, y ahora con ella se contenta, figurando, en cambio, como profesor de una disciplina entera. Vuelvo a lamentar la suerte de aquellos ramos de jóvenes que deben aprender un programa entero de cuestiones y orientarse en todas ellas, mientras observan, a la larga, que su maestro no quiere enseñarles sino una, o, lo que es más probable, las ignora todas excepto una, y no puede ayudarles.

Una vez formado a conciencia, Ferrini se consagra a enseñar lo que sabe.

Su intento primordial y apostólico, lo hemos dicho: la claridad y la comunicación con sus alumnos. Abrir el templo de la ciencia sin luz es una paradoja. Ferrini no enseña para llenar un expediente, obtener una asignación económica, o asombrar a los discípulos con el vano misterio de la ciencia. Su intento es el del apóstol en el cargo: enriquecer las facultades de los oyentes con la verdad, ponerles en posesión de ese alto fin que Dios quiere, entre otros humanos, para el hombre. Por eso enseña de veras, de modo que su explicación penetre. Así, sus discípulos observaban frecuentemente cómo el maestro, durante la y notando que alguien no había entendido clase, giraba su vista sobre la escolaresca, la explicación, hábilmente repetía lo dicho bajo distinta forma; y para evitar el cansancio recurría a la anécdota oportuna en relación con el tema. Ferrini, formado con excelencia, reparte ahora su ciencia con habilidad y eficacia. La ciencia es para él y para los alumnos, porque el apóstol mira el fin tanto para él como para aquellos por los que trabaja. De ahí asimismo la comunicación personal y total con los alumnos: los ama y cultiva sin intermediarios. Pensar que Ferrini se haría sustituir habitualmente por auxiliares, para dedicarse a otras tareas, es un contrasentido, en quien dijo ser su deber la enseñanza. Que no es maestro el que tiene puramente el título, o goza del estipendio; sino el que enseña y educa, el que comunica su propia ciencia. El ejemplo para los colegas en la profesión es patente.

Ferrini no hubiera sido apóstol en su puesto ni con las conferencias espirituales, ni con la visita a los pobres, ni con las duras penitencias, ni con las multiplicadas horas de oración; Ferrini es el profesor santo, porque fué el hombre consagrado al estudio, a la ciencia, a su clase. No hay otro camino que pueda legítimamente seguir, ni otro pedestal sobre el que pueda edificar santidad el profesor universitario.

**OLIS ROBLEDA, S. I.**